

La invención de Atenas

De la misma autora

La ciudad dividida. El olvido en la memoria de Atenas,
Buenos Aires/Madrid, Katz editores, 2008

La Guerra Civil en Atenas: la política entre la sombra y la utopía,
Madrid, 2008

Madres en duelo, Madrid, 2004

Né de la terre. Mythe et politique à Athènes, Paris, 1996

Les expériences de Tirésias, Le féminin et l'homme grec, Paris, 1989

*Les enfants d'Athéna. Idées athéniennes sur la citoyenneté
et la division des sexes,* Paris, 1981

Nicole Loraux
La invención de Atenas
Historia de la oración fúnebre
en la "ciudad clásica"

Traducido por Sara Vassallo



Primera edición, 2012

© Katz Editores
Benjamín Matienzo 1831, 10º D
1426-Buenos Aires
Calle del Barco Nº 40, 3º D
28004 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *L'invention d'Athènes.
Histoire de l'oraison funèbre dans la "cité classique"*
©1993, Éditions Payot & Rivages

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, ha recibido el apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia y del Servicio de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia en Argentina.

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère Français des Affaires Étrangères et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



ISBN Argentina: 978-987-1566-64-8
ISBN España: 978-84-92946-40-2

1. Análisis del Discurso. I. Sara Vassallo, trad. II. Título CDD 808.8

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholón kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: M-21085-2012

Índice

7	Prefacio a la primera edición
9	Prefacio a la segunda edición
21	Una invención muy ateniense
37	I. LA ORACIÓN FÚNEBRE EN LA CIUDAD DEMOCRÁTICA
39	1. Una ceremonia, un discurso: los funerales públicos
64	2. La gloria de los muertos: desde la celebración aristocrática hasta el elogio colectivo
78	3. El momento del <i>epitáphios logos</i>
97	II. EL DISCURSO A LOS MUERTOS Y EL DESTINATARIO DE LA PALABRA
99	1. El terreno de una estrategia: desde la hegemonía de hecho del discurso hasta el discurso hegemónico
117	2. La “hermosa muerte” o la imposible elaboración de un <i>bíos politikós</i>
138	3. Escansión del tiempo y devenir de la ciudad
153	III. LA HISTORIA ATENIENSE DE ATENAS
153	1. Fragmentos escogidos de un relato inmóvil
167	2. La gesta de Atenas
177	IV. SU NOMBRE... ES UNA DEMOCRACIA
178	1. Práctica y teoría de la democracia
186	2. Elogio de la democracia, representaciones aristocráticas
208	3. El <i>agón</i> implícito

227	V. LA ORACIÓN FÚNEBRE, GÉNERO POLÍTICO
229	1. Una originalidad limitada
237	2. Los problemas de un <i>logos politikós</i>
248	3. El discurso hecho de <i>topoi</i>
258	4. Destino de un género cívico
269	VI. BAJO EL HECHIZO DE UNA IDEALIDAD
270	1. Cuando la abstracción de Atenas prevalece sobre los atenienses
293	2. Elogio e historia
308	3. Parodia cómica y pastiche platónico: dos antídotos contra una fascinación
331	Atenas imaginaria o la invención de la ciudad
433	Bibliografía

Una invención muy ateniense

La oración fúnebre ocupa su lugar propio dentro del catálogo de las invenciones atenienses. Un lugar relegado pero no carente de prestigio, en segunda posición respecto de la enumeración de los bienes canónicos de la ciudad democrática pero en primera fila dentro de las locuciones dialectales atenienses. En cambio, en la carrera por obtener el primer premio de la *philantropía*, prueba del carácter pionero de los atenienses, el *logos epitáphios* [elogio fúnebre] se queda muy atrás respecto de las grandes invenciones civilizadoras de origen mítico y alcance universal. Pero no encuentra rival en el terreno glorioso de la *areté* [virtud, coraje]. Es así que para probar que “únicos entre los griegos, los atenienses saben honrar el coraje”,¹ se afirma perentoriamente, desde Demóstenes, que “son los únicos en el mundo que pronuncian el elogio fúnebre de los ciudadanos muertos por la patria”.²

Ateniense y únicamente ateniense es, pues, la oración fúnebre.

Nada impide tomar esta declaración como un auténtico testimonio de la especificidad ateniense del discurso, a condición, no obstante, de reducir “el mundo” a Grecia. Pero Demóstenes no tenía ninguna razón por interesarse en la *laudatio funebris* romana, cuyo examen sólo habría contribuido a reforzarlo en sus convicciones (1). La existencia de un *epitáphios logos* en Atenas constituye, por consiguiente, un hecho que justificaría por sí solo el estudio del discurso.

Sin embargo, limitarse a esta lectura realista sería pasar por alto el extraño juego de espejos en virtud del cual se elogia a los atenienses por haber inventado un discurso que, en Atenas, elogia a atenienses. Al decretar que los atenienses son los únicos en el mundo que practicaron el elogio fúnebre, Demóstenes utiliza precisamente la fórmula con la cual los autores de *epitáphioi* proclaman el carác-

1 Licurgo, *Contra Leócrates*, 51.

2 Demóstenes, *Contra Léptines*, 141. Véase Elio Aristides, *Panatenaico*, § 253 de la edición fr. Oliver.

ter único de la ciudad: *mónoi tón ánthropon*,³ los atenienses lo son en todas sus hazañas y sobre todo en sus orígenes, ya que su nacimiento autóctono los aísla de la multitud abigarrada de Pelops, Cadmos, Egipcios o Dánaos.⁴ Así, como institución específica de Atenas, la oración fúnebre remite a la oración fúnebre y resulta muy difícil para un ateniense evocar el *epitáphios logos*, aun en medio de un alegato político, sin adoptar el estilo de aquél. A la inversa, la ciudad que rinde honor a sus muertos con un discurso se refleja a sí misma en el discurso, como origen del *nomos*⁵ [norma, institución] y causa final de la muerte de los ciudadanos.⁶ Por consiguiente, no es casual que para despertar el sentimiento del honor en su público ateniense, Demóstenes alabe a Atenas por haber inventado el elogio fúnebre: ese lector de Tucídides y admirador de Pericles sabía perfectamente que es “entre quienes disponen de premios mayores a la virtud donde se dan ciudadanos más nobles”.⁷ Si toda celebración no es sino una forma discreta de autocelebración y si, rindiendo honores a la grandeza, uno se engrandece a sí mismo (2), es más que probable que Atenas haya recogido en beneficio propio una parte de la alabanza otorgada a sus muertos y al elogio fúnebre.

Elogiar a *algunos* atenienses en Atenas equivale, entonces, a elogiar a *los* atenienses,⁸ a todos los atenienses, muertos y vivos, y sobre todo a “nosotros mismos que aún vivimos”,⁹ a aquellos cuyo “nosotros” coincide con el presente de la ciudad. Ésa es la finalidad apenas disimulada de la oración fúnebre tal como la explica Platón en el *Menéxeno*. Es cierto que el *demos* ateniense, como es notorio, no mostraba reticencias en recibir loas y se sabe que tal fue el caso de Píndaro, por haber coronado la ciudad con violetas.¹⁰ Pero no se trata aquí de redundar y de recordar, con Aristófanes, que Atenas es la ciudad de los *Kekhenaiói*,¹¹ o sea, de los “ciudadanos bobalicones”¹² (3). Algo diferente resulta, sin embargo, del estudio del *epitáphios logos*, discurso oficial sometido a las prescripciones de un *nomos*¹³ (4) y pronunciado por un hombre político elegido en estrictas

3 Tucídides, II, 40, 2 y 5; 41, 3; Lisias, 18, 20, 24; Platón, *Menéxeno*, 245 c 5. Demóstenes, 4, 10.

4 *Menéxeno*, 245 d 2-4.

5 Por ejemplo, Demóstenes, 2.

6 Por ejemplo, Tucídides, II, 41, 5; 43, 2.

7 *Ibid.*, II, 46, 1.

8 *Menéxeno*, 235 d 3-7.

9 *Ibid.*, 235 a 5-6.

10 Píndaro, *Ditirambos*, 5 (ed. fr. Puech), parodiado por Aristófanes en *Acarnienses*, 636-640, y *Caballeros*, 1329. Véase Isócrates, *Sobre la antídosis*, 166, y Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 8, 4.

11 *Caballeros*, 1263.

12 *Khaunopolítai*, en *Acarnienses*, 635.

13 Tucídides, II, 35, 3; *Menéxeno*, 236 d 7-e 1.

condiciones y para ese fin por sus conciudadanos.¹⁴ En la ciudad democrática, la oración fúnebre es una *institución* –institución de palabra donde lo simbólico se yuxtapone constantemente con lo funcional–, ya que en cada discurso un elogio generalizado de Atenas desborda el elogio convenido y codificado de los desaparecidos (5).

Una tradición muy antigua de elogio intenta exorcizar la muerte por medio del lenguaje glorioso (6) y no es anodino que la colectividad ateniense se reuniera en el cementerio del Cerámico para conjurar la muerte mediante un discurso. ¿Pero de qué muerte se trata exactamente? No es cuestión aquí de la muerte como *telos* [finalidad] universal de la condición humana. Los oradores se aplican, como mínimo, a proclamar que la gloria venció a la muerte en todos los campos de batalla y en cada uno de los soldados-ciudadanos caídos en la lucha. Es así que el relato de las hazañas atenienses prescinde del verbo *apothaneín* (morir), enmascarado por la fórmula consagrada *ándres agathoí genómeneoi* (7) [los que se han vuelto hombres valientes], y la muerte se diluye ya en el pasado. Y al mismo tiempo los muertos, precipitados por los oradores en la eternidad del recuerdo, se borran ante la ciudad siempre viva, instancia última de toda Memoria. El discurso no alude, por cierto, al futuro, pero cada elogio fúnebre se encarga de conjurar la ley inexorable según la cual “todo lo que crece conoce también su declive”¹⁵ y esta fórmula, que Tucídides extrae en última instancia de Pericles, esclarece retrospectivamente el *epitáphios* del mismo orador –y sin duda, de manera general, la oración fúnebre– a la luz de lo que no se podía decir en ella y que había que saber oír. De hecho, afirmando que “en Atenas todo no es más que nobleza” (8), los discursos apuntan, tal vez todos, a poner a Atenas “en representación”, al abrigo de las injurias del tiempo, instalándola en una hermosa victoria de la cual los atenienses actuales gozan por anticipado (9).

Por supuesto, la victoria es imaginaria. ¿Pero quién osaría denegar una realidad a lo imaginario no sólo en la sociedad ateniense de los siglos V y IV a.C., sino además en nuestra relación con esa Atenas? El problema se anuda alrededor de esta cuestión.

¿Control ilusorio del tiempo? Más aun. Es muy posible que al celebrar una ciudad obedeciendo a su propio deseo, los atenienses hayan elaborado sistemáticamente para su propio uso y en vistas a la posteridad¹⁶ esa figura de sí mismos que ha informado e informa todavía, de manera más o menos solapada, toda historia de Atenas.

¹⁴ Tucídides II, 34, 6; *Menéxeno*, 234 b 4-10.

¹⁵ Tucídides II, 64, 3.

¹⁶ *Ibid.*, 41, 4; Hipérides, 18.